

VIDA Y SEPARACIÓN *

Igor A. Caruso

EL ANIMAL, que no se conoce reflejamente a sí mismo como individuo entre otros individuos de la misma especie, y que, por consiguiente, no percibe la discrepancia entre el Yo-sujeto y el Yo-objeto, es puro y perpetuo presente. Si tiene alguna nostalgia (y el ejemplo del perro doméstico nos hace sospechar que siente una especie de nostalgia), esta nostalgia probablemente es un trastorno en su existencia, trastorno igualmente actual y que no conoce ni la separación ocurrida en el pasado, ni la separación futura de la muerte. Parece como si, cuanto más se alejara el hombre de la naturaleza, tanto más imperiosamente apareciera la separación en su conciencia, separación que no sólo lo amenaza desde fuera, sino que lo corroe desde su intimidad.

Todo planteamiento antropológico especial de un problema entraña una delimitación y una reducción arbitrarias de la antropología en sí. Con todo, podemos afirmar con cierta justificación que el problema del hombre puede ser planteado también desde la perspectiva de la separación: separación del seno familiar protector, separación del objeto de amor, separación de sí mismo, separación de la vida. La conciencia o, al menos, el presentimiento torturante de la separación inevitable conmueve las raíces de la angustia que acosa a todo hombre; y lo hace tanto más fuertemente, cuanto más se aleja de la naturaleza, siendo este alejamiento su destino —y su historia. De ahí que la vocación del hombre parezca constituir un círculo sin salida y entrañar la duda en cuanto a la posibilidad de esta misma vocación.

Se plantea así la cuestión: ¿cómo puede el hombre vivir con la separación? ¿Puede el hombre vivir con la separación? Evidentemente que puede, puesto que vive y en el mejor de los casos trata de alejar de sí, lo más posible, la última separación de la muerte. Quizá no pueda vivir sino en la medida en que logra sustituir una separación con una nueva presencia. Sabemos por el psicoanálisis y por la psicología evolutiva las especiales consecuencias que arrastran consigo las tempranas separaciones infantiles; sabemos, por ejemplo, que una separación demasiado prematura y demasiado duradera implica el peligro de muerte o de psicosis. Sin embargo, precisamente el niño y el joven están menos especializados (en sentido biológico y psicológico) que el hombre “adulto” o el anciano. La característica especial del hombre es su falta de especialización, de tal manera que el niño o el joven, a pesar de la experiencia diaria de la separación, creen con determinada certeza —pragmáticamente fundada— que podrán contrapesar cada separación consumada, con una nueva vinculación. El hombre que sigue alejándose de la naturaleza (el niño y el joven están todavía muy cerca) comprende o siente paulatinamente —en el caso de que sus mecanismos de defensa, especialmente la represión,

no le enmascaren esta realidad vital— que no se puede contrapesar indefinidamente la separación; comprende que, después de haberse separado de todos los objetos, tendrá que separarse también de sí mismo. Este comprender cristaliza en el tópico de que la vida es un morir a partir del nacimiento. Como todos los tópicos, también éste permanece inoperante mientras no se convierte en experiencia individual. Digamos al pasar que el individualismo predominante en nuestra civilización agudiza este problema hasta lo insoponible. Cada uno muere su propia muerte; cada uno se separa a su manera; cada uno vive también a su modo, no integrado en una sociedad que proporcione sentido. De ahí que la defensa contra la “conciencialización” de la separación sólo aparentemente sea social; en realidad es una defensa opresiva y conformista; aunque por lo demás esta circunstancia no proporcione fuerza alguna a la defensa contra la separación.

La solución más radical sería la más lógica y al mismo tiempo la más absurda, por lo mismo que es absurda toda exageración de la lógica. Consistiría —y consiste para algunos— en eliminar la vida, *porque* la vida termina absurdamente en la muerte. Esta solución lógica y absurda no es sólo la que eligen algunos suicidas; está más extendida de lo que se cree ordinariamente. Se aplica diariamente en nuestra existencia, en la medida en que nos destruimos y destruimos lo que existe alrededor nuestro, *porque* no permanece eternamente. Adoptamos a diario esta solución, que puede describirse así: para no tener que vivir *con* la muerte, preferimos a diario no vivir. Esto es: reprimir la vida en nosotros y en torno nuestro en múltiples formas, limitarla y restringirla. Puesto que los que vivimos sufrimos bajo la separación, creemos haber encontrado una solución al ilusionarnos con la idea de que somos incapaces de sufrir, es decir, de que ya no vivimos realmente, sino que vegetamos gracias a un reflejo de muerte.

Podemos registrar esta disposición escapista impuesta por la angustia ante la separación a través de múltiples reacciones insignificantes. La estudiante ELA, de 20 años, cuenta lo siguiente: llevó hasta entonces una existencia regular con numerosos enamoramientos, vividos sólo psíquica y brevemente, y con una relación “regular” —y también platónica— con un joven colega. Vivía indudablemente bajo el influjo de normas morales rígidas y angustiantes, que le prescribían la virginidad en el terreno de la vida sexual, virginidad que compensaba mediante una inconsistencia sentimental y un comportamiento muy ambivalente, en parte melindroso, frente a sus admiradores. Se hizo entonces amiga de un hombre casado. Según sus palabras “todo hablaba contra” una relación sexual con éste, “nada hablaba a favor”. Este hombre amenazaba por eso mismo su tranquilidad: en primer lugar su tranquilidad ideológica, conformista; en segundo lugar el equilibrio inestable de su vida amorosa, aún no plenamente desarrollada; pero también, en tercer lugar, la seguridad y protección que gozaba en su “mundo”, en el grupo sociológico al que necesariamente estaba vinculada su vida, el grupo de sus colegas y amistades. Su comportamiento frente a este hombre fue, pucs,

* Fragmento de un largo ensayo inédito, que aparecerá próximamente.



desde un principio decididamente ambivalente. Intentó neutralizar su “debilidad”, presentada frente a él, unas veces mediante una simple presión, otras veces a través de una conducta acentuadamente fría. Poco a poco, sin embargo, fue abandonando una parte de sus medidas defensivas; pero como el hombre significaba mucho para ella, empezó a temer tanto más el confesarse a sí misma la profunda vinculación que le unía a él, porque, según su opinión, esta “capitulación” tendría que conducirla con tanta mayor seguridad hacia la separación.

Y aquí viene la “pequeña” anécdota sintomática. Un buen día se fueron ambos a pasear a un barrio apartado de la ciudad. No se podían permitir tales contactos sino muy raras veces, por razones prácticas. En esta ocasión el hombre se había reservado medio día libre, pero tenía que volver a la oficina a las 3. Hacia las 2 y ½ le dijo Ela: “Me gustaría poder pasear contigo toda la tarde.” Su acompañante pareció extremadamente complacido por esta observación y advirtió que podría llegar unos 20 minutos más tarde. Siguieron así un tiempo y de pronto Ela dijo: “Me vuelvo al centro. No quiero pasear más.” Su acompañante se sintió desconcertado por este súbito cambio de humor, tanto más cuanto que creía ya superada la inclinación de ella a distanciarse fría y súbitamente. Ela observó su enojo y de pronto se le hizo consciente la causa de su comportamiento: ¿De qué vale una prórroga de 20 minutos, si tiene uno que separarse de todas formas? Más vale ahorrarse el dolor que se ha de sufrir, anticipando activamente la separación.

Justamente una tal ambivalencia nos demuestra que toda actitud humana, como la religión para Marx (“espíritu de un mundo sin espíritu, protesta contra actitudes sin alma y opio para el pueblo”), es vida y muerte al mismo tiempo. Nuestra vida es un constante morir, pero es al mismo tiempo una incesante “protesta” contra la muerte; es un combate aquí y ahora contra la muerte y sigue siéndolo incluso en la agonía, incluso en el suicidio. En otras palabras: esta “protesta” puede muy bien llevar los signos de la desesperanza y la desesperación, pero sigue siendo “protesta”, hágase lo que se haga. Incluso sigue siéndolo cuando la muerte, la separación, la represión y la mentira aumentan y se fortalecen con cada latido, es decir, cuando uno se ha convertido en servidor de la muerte. La vida es un tumor incurable en el cuerpo de la muerte. Pero dondequiera que hay vida, hay libido: eficacia del principio del placer, búsqueda de la felicidad.

Ciertamente en la esfera de la experiencia de la felicidad nos encontramos ante la misma aporía de la aspiración humana. Abandonado a sí mismo y a sus propios medios el hombre no *puede* ser feliz. Podría postularse que la felicidad para él consiste en breves instantes de reposo o, quizás más a menudo, en obstinadas ilusiones. El hombre no puede ser feliz, porque es el único ser inacabado, porque no está integrado en la naturaleza con sus cuadros fijos y porque no puede ver en la limitación de la naturaleza, donde cada animal encuentra su lugar, cumplimiento alguno. Quizás por eso busque la felici-

dad en lo pretendidamente sobrenatural. Él es el ser eterno y necesariamente descontento, que se exige a sí mismo más de lo que puede, al crear cultura y valores. Puesto que no tiene actualidad ninguna en la naturaleza, tampoco está inmediatamente presente a sí mismo nunca.

Dicho de otra manera: el hombre es el único ser verdaderamente infantil, por lo demás sin el carácter ingenuamente juguetón del pequeño animal. Incluso los animales domesticados por el hombre siguen dando muestras de rasgos infantiles. Quizá el amor específicamente humano pudiera ser la continuación del juego, pero tampoco el juego del hombre es actual, sino investido en la civilización y esta última despoja en extraordinaria medida al trabajo y al amor de su carácter lúdico.

La biología ha engañado al hombre. El hombre procede de la naturaleza y trata obstinadamente de forzar la imposible consumación de los mecanismos de desencadenamiento innatos, dados naturalmente con su constitución. Esta consumación es imposible, porque el hombre es un ser neoténico, que si bien se separó de la naturaleza, con todo, sigue queriendo alcanzar lo que no alcanzará jamás. Pero si no lo quisiera, ¿cómo podría amar, cómo podría seguir viviendo?

Ya no posee a la naturaleza ni la naturaleza lo posee ya a él. La cultura es su sustituto, pero también ésta lo engaña sin cesar, por ser histórica, esto es, porque no está abocada a valores actuales, sino que se extenúa en su propio mantenimiento. Así es como el hombre aprende, poco a poco, que el nacimiento es ya un morir y que el amor es separación.

Evidentemente, el hombre no puede tomar conciencia de esto inmediatamente y aquí reside —como hemos visto— el engaño de la naturaleza: primero tiene que acumular experiencias, tiene que educarse. Gracias al engaño de la naturaleza y al falso optimismo que le proporciona la cultura, el hombre comienza *esperando*, pero su esperanza habrá de ser decepcionada. En esto refleja su sociedad y ahí refleja la sociedad su ambigüedad.

Bien puede decir el estoico: “No me importa la felicidad”; pero ya es sabido que las uvas que están demasiado altas son verdes. Incluso el masoquista espera la dicha, al identificarse con su agresor y verdugo.

Parecería, pues, que la felicidad no se podrá encontrar sino en el autoengaño —y aun aquí harto raramente—; es decir, en la mixtificación del propio inacabamiento: porque la religión, la utopía social, el hedonismo del cícnico maduro y la esperanza del joven inexperto son otras tantas manipulaciones, de esta índole, con el inacabamiento del hombre.

El existencialismo contemporáneo comprendió mejor que nadie el absurdo de la situación humana. A veces podría parecer que la única salida de esta situación es el suicidio y, tomada individualmente, la existencia individual no podría tener otra. No por casualidad es el hombre el único ser vivo que niega y destruye la vida. Pero no por eso escapa a la ley de la vida, la ley según la cual todo viviente quiere vivir más. Al aspirar a la felicidad y al desesperar de ella, el hombre muestra que quiere vivir *más*. Y esto lo muestra, quizás más que nadie, el suicida. Pero, ¿cómo “vivir más”?

El hombre amplía su mundo a través de pasos penosos y confusos. Una



abertura al mundo potencialmente ilimitada, pero que no se le hace presente sino como una meta ideal, es lo que representa el esquema de acción fundamental del hombre. El “vivir más” no puede significar, por tanto, para él más que la ampliación de su mundo —el mundo del hombre concreto. El que el hombre construya sistemas filosóficos y se complazca en escalar los cielos, tanto en sentido literal como figurado, puede muy bien explicarse por la angustia ante la caducidad; pero la ampliación ideal y práctica de su mundo no es evidentemente una pura reacción ante la muerte imaginada, sino también algo positivo, anclado en el mecanismo de desencadenamiento innato del *homo sapiens*.

Ejercer la filosofía o la astronáutica quiere decir también aspirar a la felicidad. No nos meteremos a averiguar si en el reino utópico de la libertad futura todo hombre será también filósofo o astronauta. Todo representante de la especie humana tiene que ampliar el mundo, porque toda detención de este proceso es una infidelidad al esquema de acción fundamental, y mata, si no inmediatamente al cuerpo, sí al menos al espíritu del hombre: la detención del desarrollo significa la muerte para el hombre.

Pero, ¿cómo se amplían en la vida cotidiana las relaciones del hombre y cómo puede esta ampliación traerle algo así como la felicidad? El psicoanálisis habla de la catexia de la libido en los objetos, a partir del narcisismo y en dirección a la madurez genital. La problemática de esta distribución dinámica es enormemente complicada y no debe entenderse en forma esquemática. A pesar de lo discutible de esta temática fundamental del psicoanálisis, es significativa en orden al “incremento de vida” y con ello en orden a la felicidad relativa del hombre. *En efecto, dice algo concreto sobre la posibilidad de enriquecimiento de la vida humana mediante la toma de conciencia del pequeño universo concreto de los otros hombres.* Coordinar recíprocamente los planos vitales es algo de antemano gravoso y enriquecedor a la vez. Vemos aquí de nuevo en acción a la ambivalencia humana, imposible de desarraigar por ser fundamental. Esta ambivalencia garantiza tanto la defensa de la esfera personal como también —y esto es esencial para nuestra presente consideración— el “incremento de vida”. Esta coordinación recíproca de los pequeños mundos de los hombres puede ser todo lo contradictoria, titubeante e insegura que se quiera, pero su meta sigue siendo siempre la de posibilitar a dos representantes de la especie el acceso a un universo transformado, cualitativamente más rico y amplio.

El amor a la humanidad, con los millones de individuos del presente y las incontables generaciones del pasado y del futuro, seguirá siendo una fría abstracción filosófica, hasta que el hombre, injustamente (a juicio de los moralistas abstractos), sea capaz de amar a uno o algunos de los hombres que realmente conviven con él. Sólo ese “amor a la humanidad” merece tal nombre, en la medida en que se base en un eros vivido y no en una imagen apoyada en silogismos.

Todo amor humano es deudor, al narcisismo, del amor de sí. El amor de sí se convierte en auténtico amor desde el momento en que no se reduce a ideas —surgidas en el propio cerebro—, sino que se transfiere a hombres

reales, de tal modo que reconozca en ellos no sólo el reflejo de sí mismo, sino en sí mismo el reflejo del otro, es decir, cuando vea en el otro hombre al “semejante” y al “otro”. Todo esto no es un proceso idealista y sobre todo no es nada sencillo. Aceptar el “pequeño” universo del otro y tomar parte en él es naturalmente una aventura, como cualquier otro descubrimiento de un nuevo universo. Puede conducir a catástrofes y puede hacer retroceder de espanto. El universo del otro que enriquece y amplía mi universo, obliga a poner en juego mucha libido y superar gran cantidad de angustia, porque esta ampliación no se refiere únicamente a convicciones ideales y a los prejuicios más o menos numerosos del otro, sino que implica un decir afectivamente “Sí” (un Sí parcial, como todo lo humano) a la complejidad en sí enajenante del otro, a sus problemas diarios, a aquel calor irrepetible y quizás a la estrechez del ámbito personal del otro. Ciertamente la penetración en este ámbito sólo ha podido ser posible gracias a una estructura transferencial individual y única; sin embargo, esta transferencia (como toda transferencia, por lo demás, incluso la transferencia del proceso analítico) es un instrumento de conocimiento y del conocimiento amoroso. El universo del otro experimenta entonces para mí una transfiguración y significa al mismo tiempo la transfiguración de mi universo actual. De ahí que tengan razón tanto los que afirman que el conocimiento amoroso es, en realidad, ceguera y locura, como los que afirman que es él quien nos hace abrir los ojos y nos transforma así en videntes. El universo del otro tiene su propio colorido, su propio sentimiento corporal, casi se diría que tiene su propio olor. Todo universo humano implica muchas compulsiones, muchas angustias y algunas mentiras. Este universo extraño, sin embargo, no me será extraño si hago mías, en relación con el otro y hasta un cierto grado, estas compulsiones, angustias y mentiras —no digo que las ame *en sí mismas*. Ya la auténtica participación en el mundo de un solo ser humano es un salto tremendo hacia adelante; y sólo en la concreción de una tal participación empieza a presentirse la posibilidad de una solidaridad más amplia: “Inténtese simplemente imaginar —escribe F. M. Dostoievski en su *Diario*— dónde acaba exactamente mi mundo y dónde empieza el mundo del otro.” Sólo la participación íntima posibilita la participación sincera concreta y viceversa.

Si el mundo del hombre no puede abarcar el mundo concreto de otro, entonces el hombre es realmente una mónada cerrada. En este individualismo total tiene que ahogarse su vida. La comunicación entre las mónadas es una perturbación en el reino de la entropía y así esta comunicación resulta precaria, en todo caso revocable en nuestra conciencia. La dificultad y la inestabilidad de esta comunicación es un componente necesario de la misma. Significa aventura: lo eternamente banal se convierte en eternamente nuevo por el hecho de saltar por encima de las fronteras de la mónada narcisista; lo eternamente monótono y la compulsión a la repetición se convierten, merced a la comunidad de mundos —es decir, merced a la solidaridad—, en personal y único.

No quisiéramos que se nos malinterpretara deduciendo de aquí que pensamos en términos de un personalismo espiritualista. Freud reconoció que el



amor humano (aun aquel que anima a las clases a luchar y que impele el progreso de las generaciones) no es en absoluto el reflejo de ideas platónicas, sino que se alza penosa y dolorosamente de la materia. Esta materia, a su vez, no es ninguna categoría filosófica, sino que consta de carne, sangre, glándulas y sudor por el trabajo, la angustia y el amor.

Pero también esta empresa puede fracasar y fracasa, en efecto, sobre todo por el predominio de los componentes destructivos oral-cannibalísticos; porque aparentemente puede amarse fácilmente a una persona junto con su mundo si se la introyecta totalmente, si se la convierte en componente de uno mismo, si se la devora psíquicamente. Está en mí, no tiene una justificación propia para existir, en realidad ha sido destruida. Todo intento por parte del objeto de amor de moverse independientemente, implica el doloroso trastorno de una digestión tranquila.

El psicoanálisis ha esclarecido ya ampliamente el hecho del amor captativo, que introyecta completamente los objetos y que por ese procedimiento destruye su verdadero ser. Un tal amor actúa aniquiladoramente, aun cuando el “instinto de muerte” no apareciera mezclado aquí con la libido. Ante todo es un querer poseer, que en uno u otro grado es inherente a todo amor humano, pero que en su forma fijada conduce inevitablemente a la aniquilación. Se trata aquí de los restos de la tendencia infantil primaria a apoderarse sin tener en cuenta la ley vital del objeto y por lo mismo sin respetar esta ley.

En un día de primavera tengo abierto el balcón de mi cuarto de trabajo, mientras escribo a la máquina en mi escritorio. Un gorrión joven, que apenas puede volar, penetra en mi estudio. Me siento conmovido ante la aparición de este pajarillo gorjeante —“sinceramente” conmovido. Sin ponerme a pensar en ello, siento el deseo de disfrutar más largamente de la compañía de este pequeño ser e incluso de rozarlo o acariciarlo. Voy al balcón y lo cierro — con lo cual el pajarito queda preso. Pero yo no reflexiono sobre el hecho de que lo tengo *prisionero*. No obstante, él siente miedo y vuela obstinadamente y con notable cólera contra el balcón cerrado. Antes de que pueda alcanzarlo, muere de un síncope cardíaco tras dos o tres violentos topetones contra el cristal. Reconozco demasiado tarde que mi “amor al animal” era un amor literalmente captativo, que no tuvo en cuenta su ley y que le costó la vida al pequeño animal.

Uno se pregunta si la “organización genital madura”, a veces tan mixtificada, no significa antes que nada el reconocimiento de una ley de la vida y representa una auténtica comunicación con el viviente. Aquí el “objeto” del deseo es aceptado como autónomo en la medida en que se vive y se admira su “ser-otro”. Esto no excluye el influjo que caracteriza, a fin de cuentas, toda solidaridad; pero el influjo recíproco se ejerce en la misma dirección en que se desarrolla la evolución de la vida. Querer “modificar” al objeto viviente, esto es, querer imponerle *otra* ley que la que impera en él ya, vendría a significar entorpecer y paralizar en él justamente lo viviente. Quizás no sea exagerado decir: amar a alguien para hacer de él *otro* es *asesinarle*.

Este asesinato “amoroso” del amado ha sido en nuestra civilización occidental racionalizado y elevado a la condición de un dogma moral y social: en interés del rendimiento civilizador y social se expone la aspiración anárquica al placer a la persecución más implacable.

Ciertamente que las relaciones amorosas humanas tienen una dimensión social-antropológica; pertenecen a la esfera íntima de los amantes, pero tienen al mismo tiempo una significación social eminente (especialmente y justo en medio de la opresión por parte de un principio social de rendimiento en el sentido de Herbert Marcuse). Para afirmarse a sí mismas, el amor y la necesidad de dicha no pueden *prescindir del mundo*, no deben escapar *del mundo*, deben permanecer siempre *mundanas*.

*Wenn sich zwei in ihre Liebe schlagen
wie in Mäntel gegen Zeit und Wind
und nach nichts als nach sich selber fragen
machen sie auch ihre Liebe blind.
Zeit und Wind wird ihren Kuss verwehnen.
Eine Liebe lässt sich nur zu zweit ertragen
wenn die Türen die zur Welt gehn
offen sind.**

(HEINZ KAHLAU, *Ermutigung*)

Pero, ¿qué ocurre cuando las puertas están cerradas por prescripción policiaca, más o menos introyectada por cada uno de nosotros? ¿Qué pasa cuando los amantes se encuentran ante puertas cerradas, sin sentido ni sentimiento y no pueden —porque no son superhombres ni mártires— saltar sobre ellas? El mundo, tal como está troquelado de hecho por nuestra civilización, destruye el amor y la felicidad y esto con una intención asesina enteramente sin sentido. Nos encontramos frente a una situación que no podemos estudiar en el marco de este pequeño ensayo. Nos acosa la idea de que en ciertas circunstancias el suicidio podría ser la única solución lógica de esta aporía. La mayoría de los argumentos en contra son capciosos, por utilitarios o místicos.

Y sin embargo, el que después de asesinado su amor saca esta última consecuencia, confirma la victoria de Thanatos sobre Eros. Quizás (¡sólo quizás!) ha olvidado que por ese medio amplía el reinado de la muerte aun frente al amor de aquellos que podrían cambiar el mundo...

* Cuando dos se cubren bajo su amor / contra el tiempo y el viento como bajo un manto / y no preguntan ya por nada, sino por sí mismos / vuelven ciego su amor. / Tiempo y viento disiparán su beso. / Un amor sólo puede ser por dos soportado, / cuando las puertas que dan al mundo / están abiertas. [T.]

